

INTRODUCCIÓN

EL PRESENTE reúne un conjunto de ensayos escritos por jóvenes investigadores latinoamericanos que tratan, desde diferentes perspectivas teóricas y metodológicas, las nuevas configuraciones de la política, el conflicto social y la protesta en los países de América Latina; los entramados de relaciones sociales en los que emergen y se organizan los movimientos y actores colectivos en la región; y las experiencias, identidades y significados culturales que se conjugan en las relaciones grupales, las resistencias y las luchas colectivas.

Más concretamente, los artículos estudian experiencias de organización social y política en Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia y Uruguay. Algunos de los principales temas que abordan son: los cambios producidos durante las últimas décadas en las sociedades latinoamericanas, en particular los efectos económicos y sociales derivados de la aplicación de las políticas neoliberales en los países de la región; las nuevas modalidades del conflicto y la protesta, sus principales dimensiones y contenidos; la crisis de las formas tradicionales de organización de los actores colectivos y las estrategias de construcción y resignificación de los antagonismos e identidades; las reacciones y trayectorias de las organizaciones sindicales y político-partidarias de izquierda y la emergencia de nuevas formas de organización y movilización social; las posibilidades y condiciones de la acción política y las experiencias de autoorganización y participación deliberativa y democrática en el

espacio público; la inscripción territorial de los formatos organizativos y políticos aparecidos en las luchas; las posiciones y relaciones generacionales y de género al interior de los movimientos; el carácter renovador de las diferencias y disensos internos; las tradiciones culturales y las identidades étnicas y políticas movilizadas en las intervenciones y enfrentamientos sociales.

Los temas específicos de cada uno de los trabajos y las reflexiones y conclusiones aportados por sus autores dan cuenta de la diversidad de puntos de vista y líneas de investigación que nutren los estudios sociales impulsados por las instituciones de formación e investigación de la región. Sin pretender abarcar exhaustivamente sus argumentos y aportes empíricos y analíticos, a continuación presentamos los textos y las experiencias relacionadas.

El artículo de Cecilia Rossel trata el papel de las asociaciones civiles prestadoras de servicios sociales en Uruguay y sus experiencias de trabajo en convenio con el estado en el contexto de la retracción de la cooperación internacional. Más específicamente, la autora identifica las principales funciones que cumplen estas organizaciones e intenta dar cuenta de la medida en que la colaboración en el desarrollo y la ejecución de políticas públicas ha incidido en su capacidad de innovación, cuestionamiento de las acciones del estado y expresión de la ciudadanía. Revisando la literatura académica sobre el tema, Rossel señala, en primer lugar, que la dependencia económica de los fondos estatales puede traer consigo dificultades tales como un aumento de la incertidumbre acerca de su renovación, una mayor competencia por los subsidios, el fomento del clientelismo y la pérdida de autonomía e identidad. Por otra parte, la autora indica que una vez que las organizaciones no gubernamentales comienzan a recibir financiamiento estatal enfrentan la necesidad de profesionalizarse y, con ello, encuentran problemas derivados, por un lado, de la obligación de adquirir conocimientos y destrezas de las que el personal carecía y, por el otro, de la incompatibilidad entre los criterios de eficiencia con los que deben medir su trabajo y los motivos y principios que orientan la actividad voluntaria. En base a entrevistas sostenidas con representantes de tres organizaciones que trabajaron en convenio con el Instituto Nacional del Menor (INAME) en las políticas de atención a la infancia carenciada, la investigadora explora las percepciones sobre las mencionadas dificultades y obtiene indicios para concluir que el trabajo con el estado dificulta la capacidad expresiva e innovadora de estas organizaciones y que esta situación adquiere distintos matices según el tamaño y las posibilidades técnicas y reflexivas que las mismas dispongan. Finalmente, la autora señala la importancia que estas organizaciones adjudican tanto a su participación en redes más amplias como a la diversificación del financiamiento –más allá de

la medida en que efectivamente puedan concretar estas acciones y del peso o impacto que las mismas tengan en su vínculo con el estado.

Interesado también en las formas de intervención y participación en el espacio público pero poniendo la atención en la emergencia y construcción de instituciones desligadas de la lógica estatal e impugnatorias de las formas tradicionales de pensar y hacer política, Hernán Ouviña realiza un recorrido histórico de la autoorganización vecinal en Argentina y señala que la emergencia de asambleas en los distintos barrios de la ciudad de Buenos Aires a fines de 2001 constituyó un quiebre con respecto a experiencias anteriores en la medida en que dichas asambleas desbordaron la dinámica institucional tradicional, hicieron de lo vecinal una cuestión colectiva y reinscribieron la política en el territorio barrial. El autor enfatiza algunos aspectos de su organización interna –tales como la activa participación de sus miembros, la discusión colectiva, la designación rotativa de delegados y la decisión en base al consenso– y considera que esta modalidad de participación colectiva y voluntaria de los vecinos inauguró un escenario novedoso de convivencia democrática. Revisando los antecedentes inmediatos de las asambleas barriales, el autor destaca la experiencia de democracia directa que desde 1996 venían desarrollando los movimientos de trabajadores desocupados en los sucesivos cortes de ruta y las acciones de protesta de los usuarios del servicio eléctrico ocurridas en 1999 y 2001 frente a la deficiente prestación de servicios públicos y la imposición de aumentos tarifarios por parte de las empresas privatizadas. Por otra parte, subraya que la mayoría de las asambleas barriales surgieron después de la insurrección de masas del 19 y 20 de diciembre de 2001 y señala que dichas jornadas condensaron dramáticamente una situación de malestar social y una escalada de violencia que culminaron en la declaración del estado de sitio y la caída del gobierno nacional. El autor sostiene que, en ese contexto, los ámbitos asamblearios permitieron tanto la discusión de objetivos comunes como la socialización de prácticas de resistencia. Señala también que constituyeron espacios de desprivatización de lo social y transitaron desde el debate colectivo hacia la gestión de emprendimientos sociales y solidarios, en la medida en que la experiencia deliberativa y callejera dio paso a la ocupación de predios abandonados y su recuperación para uso público. Realizando un balance del proceso, el autor encuentra que el principal aporte de las acciones y los espacios de coordinación llevados a cabo por las asambleas barriales fue la construcción de una institucionalidad arraigada territorialmente en el barrio y materializada en múltiples y diversas iniciativas de cooperación. Este proceso involucró la construcción de instancias de coordinación entre asambleas y la articulación con partidos políticos y otras organizaciones y actores sociales urbanos como los movimientos de piqueteros y deso-

cupados, los obreros de las empresas recuperadas y las cooperativas de cartoneros. No fue un desarrollo unívoco sino signado por la contradicción y la tensión con las formas tradicionales de intervención política. Implicó marchas y represiones, ilusiones y frustraciones, acercamientos y rupturas. Durante su transcurso, algunas asambleas se disolvieron o fracturaron, otras se fusionaron y también surgieron nuevas iniciativas. El proceso seguía abierto –era una “apuesta sin garantías”– cuando el autor finalizó su investigación. Por ello su conclusión es un gran interrogante: ¿cómo lograr que estas nuevas formas de participación democrática pervivan conservando su creatividad y manteniéndose ajenas a las formas tradicionales de hacer política?

Explicitando un trasfondo más amplio de debates y consideraciones teóricas, Gabriel de Santis Feltran también reflexiona acerca de las condiciones y dilemas que enfrentan los movimientos sociales que pretenden intervenir políticamente en espacios públicos deliberativos y democráticos e ilustra esta compleja problemática a partir del estudio de la conformación y el rumbo del Asentamiento Hacienda Pirituba, ubicado al sur del estado de San Pablo, en Brasil. A través del estudio de este caso, el autor analiza la trayectoria de los movimientos sociales brasileños en el marco del proceso de democratización y las políticas estatales implementadas en las dos últimas décadas. En particular, considera las tensiones y dificultades que estas organizaciones enfrentan cuando buscan constituirse en sujetos políticos y colocar las demandas y discursos populares en el debate público. El autor aborda el contexto en el que un grupo de agricultores ocupó el área, luchó por sostener su posición, se movilizó en defensa de sus intereses en articulación con sectores progresistas de la iglesia y el movimiento sindical, entró en contacto con el gobierno del estado de San Pablo y, a partir de entonces, institucionalizó sus reclamos. La crónica del autor señala que los avatares de este asentamiento están inextricablemente ligados, por un lado, a las políticas estatales de promoción de emprendimientos productivos agrícolas y, por otro, a la historia y la influencia que sobre dicho establecimiento ejerció el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), principal movimiento social popular brasileño de los últimos años. A mediados de los años ochenta, en el marco de la movilización política social y la apertura de canales de participación popular que acompañó –no sin ambigüedades y contradicciones– al resurgimiento del régimen democrático en el país, el Asentamiento Hacienda Pirituba se constituyó en un auténtico laboratorio de las políticas oficiales de promoción de la reforma agraria por la vía del apoyo crediticio estatal para la producción agropecuaria cooperativa. La aplicación de estas políticas propició el crecimiento y desarrollo de este asentamiento hasta 1988. Sin embargo, a partir de entonces, la experiencia comenzó un

período de declinación y el emprendimiento productivo entró en crisis cuando las diferencias en las trayectorias históricas y las tradiciones de clase existentes entre las familias fundadoras erosionaron las bases de la organización colectiva que hasta el momento había garantizado –y financiado– la prosperidad del asentamiento, y los agricultores comenzaron a producir y comercializar por su propia cuenta. La influencia del MST durante la década del noventa introdujo nuevas esperanzas basadas en la renovación de los canales crediticios y la reorganización de la producción según principios cooperativos. Sin embargo, esta experiencia indujo una subordinación de los intereses económicos locales a las estrategias de lucha política desplegadas a nivel nacional y basadas en la radicalización de la acción directa (enfrentamiento y ocupación de tierras) y la producción de acciones de alta visibilidad mediática, y, con ello, reactualizó los conflictos internos, incitó la fragmentación de los asentados entre colectivistas e individualistas y trabó la construcción de la representación orgánica al interior del movimiento. Más generalmente, el autor considera que este proceso tiene su correlato en la desmovilización y despolitización de muchos grupos de protesta social en el Brasil y la restricción progresiva de los espacios de deliberación pública y plural donde los sectores populares puedan hacer visibles sus demandas y proponer políticas alternativas. Finalmente, considera que la “virtud política” de estos movimientos queda “aislada” en ausencia de un campo político democrático en el cual manifestarse.

Articulando también problemáticas y desarrollos de la teoría social relativos a la conformación de nuevos movimientos e identidades sociales, su constitución como sujetos políticos y su despliegue en el espacio público, Dolores Nair Calvo se pregunta acerca de las condiciones de posibilidad de la organización política autorreferenciada de los sectores populares en Argentina y, en particular, estudia el caso de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV), organización miembro de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). La autora recorre la historia de esta organización constituida a fines de la década del noventa y analiza las prácticas y orientaciones políticas, las acciones contenciosas y las estrategias organizacionales desarrolladas primero en la localidad de San Francisco Solano, Partido de Quilmes, provincia de Buenos Aires, y luego en el partido de La Matanza, también en la provincia de Buenos Aires, núcleo organizativo de la FTV a nivel nacional. Enfatiza que el aprendizaje que resultó de la conformación de asentamientos en San Francisco Solano y la toma de tierras en La Matanza en los años ochenta constituye el principal factor explicativo de la génesis de la FTV. Efectivamente, estas acciones condujeron al desarrollo de redes asociativas barriales, centros comunitarios, cooperativas y juntas vecinales que antecedieron e hicieron posibles los intentos de organización política de los sectores

populares. Fue en dichos ámbitos donde los actores estudiados desarrollaron actitudes y orientaciones basadas en la confianza, la pertenencia, la participación y el compromiso. Fue también a partir de aquellas experiencias que se formaron los vínculos organizacionales y las redes de relaciones que sedimentaron en organizaciones políticas y confluyeron en el espacio de la CTA, dentro de la cual la FTV se insertó y desplegó más formalmente a partir de 1998. El análisis de este caso permite a la autora reflexionar acerca de las condiciones y formas de la (re)constitución del lazo social, y su conclusión es que, en contextos de desestructuración de los ámbitos relacionales y desligamiento de las identidades políticas, la mayor reflexividad de los individuos y grupos respecto de su relación con la política en general es condición de posibilidad para la generación organizativa y la reorientación política. En este sentido, la autora señala que la FTV surgió y se estructuró territorialmente, de manera autoorganizada y en abierta y clara oposición a las formas tradicionales de la política impulsadas desde el estado, los partidos y los sindicatos, incluso desde aquellas organizaciones sindicales pertenecientes a la CTA. Calvo culmina su artículo señalando que es una cuestión abierta saber si los procesos de orientación política autorreferenciada se traducirán en una acción política organizada con presencia e injerencia de largo plazo en la esfera pública. Pero, ciertamente, esto dependerá de las complejas relaciones que se establezcan entre las condiciones del tejido social, las posiciones y experiencias de los actores y sus creencias, actitudes y orientaciones hacia la política y el hacer política.

Interesada también en las nuevas modalidades organizativas y reivindicativas desarrolladas en el ámbito sindical, el artículo de María Silvana Gurrera aborda el proceso de surgimiento y construcción de la identidad política de la Central de Trabajadores Argentinos durante la década del noventa. Para contextualizar este proceso, la autora describe las divisiones surgidas al interior del Partido Justicialista durante la década del ochenta, su impacto en el campo sindical peronista y los distintos posicionamientos que el movimiento obrero tomó frente a las políticas neoliberales impulsadas por el gobierno peronista del presidente Carlos Menem. En dicho contexto, un grupo minoritario de sindicatos abrió un espacio de resistencia y reivindicación de la “verdadera tradición peronista” pero, a la luz del triunfo electoral menemista en las elecciones de 1991, resolvió reorientar su estrategia y constituir una nueva identidad y experiencia política destinadas a enfrentar las políticas neoliberales y superar la institucionalidad y las prácticas sindicales de tradición peronista. Esta iniciativa se concretó en noviembre de 1992 con la creación de la CTA. La nueva central se organizó en base a un conjunto de prácticas y principios fundamentales: la democracia y la autonomía sindical respecto del estado y los partidos políticos, la apertura y articulación con

otros sectores marginados y excluidos de la sociedad, y la revalorización de la ética gremial. Durante el período estudiado, esta central enfrentó las políticas de flexibilización laboral, reforma del sistema de seguridad social y privatización de la educación pública. Aunque no siempre logró influir en el tratamiento de los proyectos en el sentido buscado, particular importancia tuvieron el reclamo salarial de los sectores docentes –gremio mayoritario de la CTA– y el apoyo que el gremio recibió de la Alianza, coalición política que se presentaba como la oposición al menemismo de cara a las elecciones legislativas de 1997 y que resultó ganadora en las elecciones presidenciales de 1999. Esta articulación con el juego político partidario no implicó un compromiso incondicional de la central con la gestión del nuevo gobierno sino, más bien, una posición crítica fundada en propuestas elaboradas internamente y acciones coordinadas con otros sectores. Efectivamente, la CTA redefinió tanto el concepto “clase trabajadora” como la idea de territorio y, en virtud de ello, incluyó en su estructura múltiples organizaciones comunitarias, movimientos barriales y asociaciones de trabajadores desocupados que desarrollaban novedosas formas de organización y protesta de índole territorial expresadas, por un lado, en la ocupación de tierras y la formación de asentamientos barriales y, por otro, en los cortes de rutas y vías de circulación y acceso a las grandes ciudades. La inclusión de problemáticas distintas a las tradicionalmente contempladas dentro del ámbito de interés de la acción sindical llevó a la ampliación de la definición del conflicto sindical así como también a la formulación de nuevos canales de participación organizacional: elección directa de autoridades y afiliación individual. Asimismo, planteó una serie de tensiones entre las prácticas y experiencias comunitarias y sindicales. En este camino de ruptura y continuidad con la tradición peronista e inclusión y tensión en la articulación con otros sectores, la autora identifica las bases que orientan la construcción de una identidad y un movimiento político, social y cultural.

Marcelo Rosa aborda también las nuevas formas del conflicto y la protesta y la importancia de la dimensión territorial de las mismas, aunque su atención está puesta en el ámbito rural. Más concretamente, su estudio plantea los cambios que se produjeron en las modalidades de protesta y las luchas de los sindicatos campesinos de la zona de Pernambuco, en el norte del Brasil, y la incidencia que en estas transformaciones tuvo el surgimiento, hacia mediados de los años ochenta, del Movimiento de los Campesinos Sin Tierra. En particular, el autor examina el dramatismo de un conflicto intergeneracional surgido entre los líderes sindicales campesinos de la región de Zona da Mata en el contexto de la crisis del complejo agroindustrial y el cierre de muchos ingenios azucareros de la región, situación que dificultaba la continuidad y efectividad de las modalidades históricas de protesta de

los fundadores de la federación sindical regional –la FETAPE–, tales como las huelgas campesinas por mejoras salariales y el recurso a los tribunales de justicia en defensa de sus derechos laborales. Esta crisis de las prácticas tradicionales fue acompañada por el surgimiento de una nueva generación de dirigentes sindicales que –a la luz del ejemplo y la experiencia a nivel nacional del MST– introdujeron en esta región del norte brasileño la práctica de la ocupación de tierras improductivas como modalidad de protesta y movilización, y encontraron en la reforma agraria un objetivo nuevo de las luchas sindicales. Rosa reconstruye los debates que se produjeron al interior de la FETAPE entre los años 2001 y 2003 entre los grupos “históricos” –aquellos fundadores de la regional sindical y partidarios de la huelga en defensa de intereses salariales– y los líderes más jóvenes –quienes reivindicaron un cambio de orientación tanto en las modalidades de la protesta como en los objetivos mismos de las reivindicaciones: las ocupaciones de tierras en favor de la reforma agraria. A través de su trabajo en el terreno, el autor registra la crónica de la derrota político-electoral de esta nueva camada de dirigentes jóvenes al tiempo que señala que, aun cuando la vieja dirigencia sindical retuvo la conducción de la federación, poco tiempo después comenzó a introducir las modalidades de lucha propuestas por los más jóvenes a fin de adecuar su supervivencia y liderazgo político a las nuevas demandas y condiciones de la lucha social. Se trata por tanto de un estudio en el que es posible apreciar la articulación y la tensión entre nuevas y viejas modalidades de expresión y organización político-sindical; la relación –que no por causalidad es directa– entre los cambios de las condiciones económicas y sociales y las mutaciones en la conducta y la identidad de lo sindical; la dimensión humana que nutrió la historia de las modalidades de movilización y protesta política de los trabajadores; y, finalmente, el carácter renovador de los conflictos generacionales producidos al interior del sindicalismo rural de esta zona del norte brasileño.

Interesada también en las diferencias y disensos que nutren la dinámica interna de los movimientos sociales, Juliana Flórez Flórez estudia la red Proceso de Comunidades Negras (PCN) de Colombia y la manera en que este movimiento –formado por actores que comparten una misma identidad cultural y étnica y reivindican la diferencia en su relación con otros actores sociales– gestionó los conflictos internos derivados de otros procesos de subjetivación que acompañan y condicionan la construcción de la identidad negra, como el género, la clase, el nivel de formación, el lugar de procedencia y el culto religioso. La autora reconstruye la historia del movimiento y señala que, así como durante los años setenta y ochenta las organizaciones negras se movilizaban en torno a las reivindicaciones de igualdad e integración a la nación, a

principios de los noventa se orientaron a la delimitación de su identidad negra y a la defensa de su lugar por la vía de la reivindicación del derecho de permanencia y posesión de los territorios colectivos según prácticas ancestrales. En el contexto del cambio constitucional iniciado en 1990 con el propósito de declarar a Colombia una nación pluriétnica y multicultural, la población negra –largamente expoliada y discriminada– buscó presentarse como un pueblo que merecía el reconocimiento de los derechos garantizados a las minorías étnicas. Fue un desafío al marco jurídico pero también, y principalmente, al imaginario social colombiano, caracterizado por el blanqueamiento de la cultura. Fue también el intento de construcción de un espacio étnico y cultural semejante al reconocido a los indígenas. El movimiento propuso, más generalmente, un modelo de desarrollo alternativo a las lógicas del capital y la guerra que afectaban las condiciones de vida de la población toda vez que, por un lado, disputó al estado el sentido dado a la biodiversidad y a la conservación de los recursos del Pacífico, y, por el otro, reclamó a los grupos armados su derecho a asegurar condiciones de paz en la región y facilitar el retorno de los grupos étnicos desplazados. La autora nos advierte que este proceso no fue lineal; involucró técnicas de invención comunitaria, formas de visibilización, procedimientos de narración e información, prácticas de resistencia, acercamientos con el movimiento indígena y desencuentros internos. Y es precisamente el disenso al interior del movimiento lo que a juicio de la autora posibilita la construcción de los consensos que cohesionan al grupo y potencian su acción colectiva. Más concretamente, el consenso acerca de la articulación del PCN y el anclaje de su lucha en torno a la identidad negra implicaron también una serie de disensos derivados de la heterogeneidad de experiencias y aspiraciones vinculadas a otras adscripciones, que dieron lugar a una discusión acerca de los efectos de la etnización de la identidad negra. Es precisamente en el debate acerca del sentido atribuido a la identidad negra y las reivindicaciones y experiencias que de allí se derivaron donde la autora observa la construcción del PCN como un espacio simultáneo de encuentro y desencuentro que permite negociar el sentido político de la lucha de las comunidades negras. El artículo acompaña el derrotero de un movimiento que, habiendo luchado durante más de una década por la igualdad desde la diferencia, comienza a reivindicar la igualdad en la diferencia. En este sentido, ofrece una sólida y comprometida ilustración de las complejas relaciones que se establecen entre las diversas marcas identitarias de los activistas, sus experiencias y aspiraciones cotidianas, sus conexiones con otras redes y movimientos, y los significados que conjugan en sus relaciones grupales y en sus luchas y resistencias.

Así como el artículo de Flórez nos invita a observar las formas de conocimiento y acción colectiva alternativas al pensamiento de la

modernidad, Pablo Stefanoni sigue la trayectoria de un movimiento que encaró un proceso de lucha política en franca oposición al proyecto modernizador neoliberal impulsado en Bolivia durante la segunda mitad del siglo XX. En este sentido, analiza los imaginarios sociales y los recursos culturales que han nutrido los complejos procesos de construcción de antagonismos e inscripciones políticas e identitarias en dicho país. Su artículo describe y explica el ciclo de alta movilización social iniciado en Bolivia hacia el año 2000, el desborde electoral de los movimientos sociales en 2002 y la emergencia de una conciencia nacional indígena-popular expresada particularmente por el Movimiento al Socialismo-Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP). Para contextualizar dicho estudio, el autor reconstruye el ciclo estatal abierto con la Revolución Boliviana de abril de 1952 y la crisis del mismo en el contexto del programa de reformas económicas estructurales que se inicia a mediados de los años ochenta. El estudio aborda simultáneamente –y con singular detalle– varias dimensiones del proceso de elaboración de las identidades políticas en Bolivia. En términos generales, el trabajo procura establecer de qué modo estas fueron definidas según construcciones culturales de clase y etnicidad que giraron en torno a la interpretación de dos categorías centrales: campesino e indígena. En virtud de esta consideración, el autor enfatiza la importancia de la compleja relación entre estado, campesinos e indígenas en la historia boliviana y, en particular, estudia especialmente tres momentos. El primero, demarcado por la reforma agraria de 1953 en los valles cochabambinos, está signado tanto por la organización sindical del campesinado, su enfrentamiento con la oligarquía y los conflictos intracampesinos derivados de una “densa combinatoria de sumisiones y resistencias frente al estado nacionalista”, como por la fuerte injerencia del ejército en sus estructuras sindicales. El segundo, abierto en los años setenta tras la articulación de un estrato intelectual urbano –principalmente de origen aymara– con nuevas generaciones rurales, está marcado por la emergencia del katarismo: una narrativa anticolonial elaborada a partir de la recuperación del patrimonio cultural de los pueblos indígenas y una identidad común ligada a la resistencia a la opresión en sus sucesivas y diversas manifestaciones históricas. El tercer momento está caracterizado por la instauración de un discurso y un conjunto de medidas pluri-multiculturalistas a partir de la reforma constitucional de 1994 y la emergencia –en dicho contexto– de experiencias de convergencia multisectorial y organización territorial a partir de reivindicaciones vinculadas a la gestión del agua, el acceso a la tierra y el precio de los servicios públicos. En este proceso tuvo singular importancia el desempeño del movimiento sindical de campesinos cocaleros de la región del Chapare, que resignificó el término “coca” apelando a una dimensión identitaria y cultural y, con ello,

enfrentó la estigmatización y criminalización de su cultivo, cuestionó el sometimiento del estado boliviano a la propaganda y las directivas norteamericanas, y redefinió el campo de la confrontación política. El MAS-IPSP surgió como extensión política de estas luchas campesino-indígenas y fue interpelando y agregando otros sectores marginados a partir de la lucha por la tierra y el territorio y de un discurso crítico del neoliberalismo y el imperialismo, portador de la tradición cultural andina y enriquecido por la experiencia política de los sindicatos rurales y urbanos. El autor finaliza el texto analizando la eficacia del movimiento en la actividad político-legislativa y sus dificultades y desafíos en el período inmediatamente previo a su ascenso al gobierno del estado. Esta experiencia de organización social y política es hoy, sin dudas, una de las más novedosas del escenario de nuestra región.

En las síntesis expuestas no pretendemos abarcar exhaustivamente los problemas y dimensiones analizados por los autores sino plantear los principales ejes analíticos y categorías conceptuales que atraviesan sus investigaciones y reflexiones. En la realización de esta tarea, con grato placer encontramos –más allá de las diferencias y divergencias teóricas y conceptuales– importantes puntos de encuentro en los hallazgos empíricos relatados por los investigadores y diálogos permanentes entre los argumentos y los abordajes analíticos vertidos en los textos. Es por ello también que la secuencia del índice bien podría ser alterada en diversos sentidos u orientaciones. En términos muy generales, los trabajos dan cuenta de experiencias concretas de organización colectiva y constitución identitaria en contextos de movilización y conflicto social. Asimismo, la mayoría de los autores abordan la especificidad de estas acciones con énfasis en su capacidad de proyección política, participación pública y articulación institucional. Mucho cambió el escenario internacional y regional desde que estos trabajos fueron escritos y notables transformaciones experimentaron también los contextos nacionales de los casos tratados en la medida en que un conjunto de alianzas y fuerzas referenciadas como progresistas lograron acceder a los gobiernos de varios de estos países y tomaron distancia de la doctrina neoliberal a partir de orientaciones ligadas a tradiciones de izquierda, socialistas o nacional-populares. El artículo que cierra esta compilación relata este nuevo panorama político y señala algunos de los dilemas y desafíos que actualmente enfrentan los movimientos sociales y políticos de la región. Sus autores, Patricia Davolos, Gabriel Fajn y Ricardo Spaltenberg, llaman la atención acerca de la necesidad de distinguir –y abordar en su especificidad– las trayectorias de cada uno de los espacios nacionales y, en particular, las condiciones estructurales, las redes sociales y los marcos institucionales en los que los movimientos inscriben sus luchas, construyen identidades, desarrollan modalidades organizativas y arti-

culan acciones políticas. En base a un contrapunto con los debates más clásicos de la teoría social, el artículo pone en relación estas dimensiones e ilustra, a partir de ellas, la situación de varios países de la región y, más específicamente, las relaciones entre los movimientos sociales y los sistemas políticos en cada uno de ellos.

Esperamos que los lectores de este libro disfruten la riqueza de las experiencias de organización social y política que interesaron a los autores y encuentren en estos artículos un estímulo para la realización de nuevos estudios sobre las configuraciones emergentes en la región y la reflexión y el debate sobre las posibilidades y condiciones de su articulación política y proyección emancipatoria.

Bettina Levy y Natalia Gianatelli
Buenos Aires, noviembre de 2007